

# En qué ha quedado el cuarto poder

El periodismo es un poder transversal, lo que le hace estar presente en los otros tres, confundirse en ocasiones con todos y cada uno de ellos.

**BERNARDINO M. HERNANDO**

**F**laubert, cazador de tópicos. Pocos hombres ha habido tan enemigos de la estupidez humana como Gustave Flaubert (1821-1880). Tan enemigo y, al mismo tiempo, tan fascinado por ella. Para Flaubert, el síntoma definitivo de la estupidez humana es la existencia y manejo de los lugares comunes. Un lugar común es una frase que todo el mundo repite sin saber lo que quiere decir o creyendo que lo sabe. El lugar común o tópico no siempre refleja falsedad pero siempre refleja comodidad, pereza intelectual y cursilería. O sea, pretenciosidad. He ahí el tonto perfecto: no sabe nada, cree que lo sabe todo y resume su pretendida sabiduría y real ignorancia en frasecitas breves como píldoras de receta médica. Los lugares comunes son lo contrario de las ideas y, en general, hui-

mos de las ideas como de la peste. Ya dijo el propio Flaubert de los personajes de una de sus novelas (Bouvard y Pécuchet): “Y al tener más ideas aumentaron sus sufrimientos”. Y, como es natural, nadie quiere sufrir. Los lugares comunes tienen mucho que ver con lo que en Sociología se llaman estereotipos y que utilizados por el periodismo ya fueron denunciados por Walter Lippman en su libro *La opinión pública* (1932).

Que Flaubert odiara tanto la estupidez y su síntoma más claro, los lugares comunes, se entiende muy bien conociéndole: tardaba días en escribir una página trabajando siete horas diarias, se documentaba hasta la exasperación, no daba ni una sola palabra por sabida ni una sola frase por certera hasta que su privilegiada inteligencia la veía con toda claridad. Que

**Bernardino M. Hernando**, de la Junta Directiva de la APM y director del curso de verano.

semejante buscador empedernido fuera acometido por furros sobrehumanos cuando se topaba con estúpidos repetidores de la inanidad hecha frase es perfectamente lógico. A lo largo de su vida fue tomando notas para escribir una especie de enciclopedia de la estupidez humana reflejada en los lugares comunes pero murió sin haber escrito la obra. Con las notas que se encontraron después de su muerte se editó un pequeño libro titulado, como el propio Flaubert había querido, *Dictionnaire des idées reçues* (Diccionario de lugares comunes): un admirable opúsculo muy imitado a lo largo del siglo XX y que nos sirve de introducción para hablar de uno de los tópicos más socorridos y peor documentados: la Prensa es el Cuarto Poder. Y de otros tópicos que convierten en parloteo banal muchas disquisiciones sobre el Periodismo y que habrían irritado a Flaubert como le irritaba este que aparece en su diccionario bajo la rúbrica de *journaux* (periódicos): “No poder pasar sin ellos pero denigrarlos.”

**Dos piezas para la caza del señor Flaubert.** En otro lugar<sup>1</sup> hemos desarrollado con mayor amplitud esta

La frase “El periodismo es el cuarto poder” no es de Burke, sino del periodista, político e historiador Thomas Babington Macaulay

‘caza’ de los dos tópicos que han marcado desde siempre el estudio del periodismo como poder: una atribución falsa y una precipitada y sintomática apropiación. Poca gente se preocupa de contrastar citas. ¡Con lo cómodo que es repetir lo dicho por otros o el uso de los diccionarios de citas!

La atribución falsa es la que convierte al dublinés Edmund Burke (1729-1797) en autor de la frase “El periodismo es el cuarto poder”. Jamás la dijo aunque puso las bases para que, ya en el siglo XIX, la pronunciara y escribiera el periodista, político e historiador Thomas Babington Macaulay (1800-1859). Se suponía que había otros tres poderes más importantes: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Y esta división jerárquica de poderes parece haber sido enunciada por Montesquieu o, por lo menos, eso se dice siempre. Y he aquí la segunda pieza en la caza de tópicos. Porque quien de verdad enunció tal división, siglos antes que Montesquieu, fue Aristóteles que en su *Política* (VI-XI) dice textualmente: “En todo Estado hay tres partes de cuyos intereses debe el legislador, si es entendido, ocuparse ante todo, arreglándolos debidamente. Una vez bien orga-

nizadas estas tres partes, el Estado todo resultará bien organizado; y los Estados no pueden realmente diferenciarse sino en razón de la organización diferente de estos tres elementos. El primero de estos tres elementos es la asamblea general, que delibera sobre los negocios públicos; el segundo, el cuerpo de magistrados, cuya naturaleza, atribuciones y modo de nombramiento es preciso fijar; y el tercero, el cuerpo judicial<sup>2</sup>...”.

Montesquieu, a quien ya hace tiempo que fue arrebatada la paternidad sobre la división de poderes<sup>3</sup>, sigue siendo citado a todo pasto como autor de tal asunto. Qué se le va a hacer (excepto dejar clara la autoría aristotélica, por supuesto).

Todo lo edificado sobre estos dos falsos tópicos, es decir, las reflexiones sobre Prensa y Poder, corre el peligro de navegar en proceloso mar de tópicos. Intentemos evitarlo aunque sea con escasa fortuna ya que los tópicos suelen tener más y mejor suerte que las verdades: son más cómodos y lucen más.

**El 4º, un poder desconcertante.** La frase de Macaulay uniendo a la Prensa con el poder y atribuyéndole el cuarto rango hizo tanta fortuna que, nacida y boyante durante todo el siglo XIX, navegó triunfal por el XX. Es lo que tienen las frases cortas y reumbantes al margen de su exactitud. Pero ya en el XIX es motivo de desconcierto porque une el respeto

con el desprecio: asombra y causa respeto el poder del periodismo tanto como inspira desprecio el ejercicio de ese poder. Dando pie a generalizaciones difíciles de entender.

Un observador tan peculiar y representativo como Balzac (1799-1850) confesaba a su amigo Léon Gozlan (1803-1866): “No me gusta el periodismo. Puedo decir incluso que lo aborrezco. Es una fuerza ciega, sorda, perversa, rebelde, sin moralidad, sin tradición, sin objetivos concretos y dignos. Es como el carnicero: mata por la noche para comer al día siguiente de lo que ha matado. Pero, en fin, inclinémonos ante él. Es una fuerza: es la fuerza suprema de nuestro siglo. Esta fuerza lo mueve todo, conduce a todos los puntos de la circunferencia; es la única que tiene el poder suficiente para derribar, y, por consiguiente, el poder necesario para reemplazar lo que lanza por los suelos<sup>3</sup>”.

Sin embargo, entre sus novelas no hay ninguna dedicada exclusivamente al periodismo aunque los periodistas aparezcan con frecuencia y los mismos en novelas distintas, en ese cruce de personajes tan utilizado por Balzac. Y nunca, por rara paradoja, las novelas de Balzac dan idea de que el periodismo sea una fuerza colosal, “la fuerza suprema de nuestro siglo”. Más bien es el dinero esa fuerza suprema. Lo que nos introduce en una fascinante desviación del juego de los poderes a la que más adelante tendremos ocasión de volver.

Un humorista francés, en el año 1900, definía así al periodista: Un tipo con una mujercita en sus rodillas, una botella de champán en cada mano y que escribe con los pies. Otro francés, periodista contemporáneo, director de *Le Figaro*, Louis Gabriel-Robinet, bromeaba asegurando que las cosas habían cambiado mucho: ciertos placeres y el champán están al alcance de pocos y lo único que sigue siendo verdad es que muchos periodistas escriben con los pies<sup>5</sup>. La antología de desprecios hacia los periodistas, de forma general y sin matices, durante todo el siglo XIX y buena parte del XX es fastuosa: no hay hombre famoso que no haya dicho alguna maldad sobre los periodistas al mismo tiempo que todos se hacen lenguas del poder de la Prensa. Por lo visto, un enorme poder tan mal ejercido que convierte a los periodistas en facinerosos.

En el siglo XIX se ventilaban esas cuestiones de delitos y ofensas por medio de desafíos a primera sangre e incluso a muerte, pero siempre cara a cara y en relativa igualdad de condiciones entre el periodista supuesto ofensor y el ofendido. La modernidad ha traído un nuevo y terri-

La antología de desprecios hacia los periodistas durante el siglo XIX y buena parte del XX es fastuosa: no hay hombre famoso que no haya dicho alguna maldad sobre los periodistas.

ble ingrediente: el asesinato de periodistas, lo que resume de forma trágica el doble sentimiento de desprecio y reconocimiento de poder. No se mata a la gente inofensiva. En 1981 se fundó en Nueva York el Comité para Proteger a los Periodistas (CPJ, siglas en inglés) que, desde entonces, publica cada año un informe titulado *Ataques contra la Prensa* en el que figuran, sobre todo, ataques oficiales de gobiernos y poderosos, desde el insulto a la prisión o el asesinato. Tan paralelos son ambos sentimientos, el desprecio y la admiración, que muchos de nosotros, periodistas, sentimos la tentación de pensar si no será la envidia

consejera unánime de esos sentimientos. Por lo demás, si fuera evidente que la mayoría de los periodistas son nefastos, nadie debería de tener especial interés en echar leña a semejante evidencia. Cuando tantos, a lo largo de tantos años, han arremetido tan furiosamente contra los periodistas, debe de ser por alguna oscura razón que sólo tangencialmente tiene que ver con la verdad. Sospecha que se refuerza al contemplar los grandes esfuerzos que hacen algunos otros profesionales de toda condición por

invadir el campo periodístico. Lo cual tiene mucho que ver con el poder y la exhibición de poder y menos con la profesión del periodista. "Los periodistas son mercenarios que matan con su pluma: ejercen un terrorismo de otra índole", osaba decir el presidente argelino Buteflika en abril de 2004 en plena campaña electoral (*El País*, Madrid, 6-4-04, pág. 8).

Quizá no haya ejemplo más claro de la interesada actitud de cuantos se han deshecho en elogios y diatribas, según y cuándo, hacia periódicos y periodistas que el de Thomas Jefferson (1743-1826). El tercer presidente norteamericano y redactor de la Declaración de Independencia (1776), primero pronunció la célebre frase "Prefiero periódicos sin Gobierno a Gobierno sin periódicos", y más tarde (1807), cuando ya había experimentado la rebeldía de la Prensa, su capacidad de incordiar no sometiéndose a los dictados del poder político, escribió esto otro, después de considerar beneficioso para la sociedad el llegar a suprimir la Prensa: "Hoy en día, no puede creerse nada de lo que publican los periódicos. La verdad misma se hace sospechosa cuando aparece en ese vehículo contaminado... Un hombre que jamás mire un periódico estará mejor informado que quienes los leen, por lo mismo que quien no sabe nada está más cerca de la verdad que quien tiene la mente llena de falsedades y errores<sup>67</sup>".

(Qué casualidad que hace apenas

unos días el fiscal jefe de la Audiencia Nacional de España, Eduardo Fungairiño, emulando a Jefferson, que ya es emular, aseguraba que él no leía los periódicos por higiene mental.)

Hay cuatro profesiones que, desde siempre, se han llevado la palma en el juego implacable de los desprecios verbales: los médicos, los abogados, los políticos y los periodistas. Por supuesto, cuatro profesiones ungidas por el poder. Digamos que los periodistas hemos llegado los últimos a este circo estúpido y despiadado. Lo que tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Pero esa es otra cuestión.

Lo que más llama la atención en toda esta historia es la falta de escrúpulos intelectuales de quienes generalizan de manera abusiva, hablan de periodismo, de periodistas y de poder sin la mínima matización. Porque nadie se para a definir el enmarañado concepto de poder ni el complejísimo de Periodismo. Es decir, hablan brutalmente de algo tan sutil que exige una aplicación mental reñida con el tópico y con la estupidez. Esto ya no es matar moscas a cañonazos: es intentar analizar una tela de araña aplicando el cuerno de un rinoceronte furioso.

**La Prensa entre los poderes decimonónicos.** Vamos a intentar ir desbrozando conceptos hasta colocar fuera de la batería de tópicos la idea en torno a la cual pretende estructurarse este artículo: en qué consiste el po-

der de los periodistas. Es decir, su capacidad de cambiar cosas por el simple hecho de denunciarlas, de influir en la sociedad para concienciarla o de destruir vidas y haciendas por medio de la calumnia bien orquestada y de las medias verdades que son las peores mentiras. ¿Puede el periodista, con su instrumento de trabajo que es la palabra publicada en los llamados Medios de Comunicación, beneficiar a la sociedad entera o beneficiarse él de toda la sociedad, sobre todo de los otros poderosos de la política y el dinero? Son, por tanto, dos conceptos distintos: primero el de poder y segundo el del ejercicio de ese poder.

La frase de Macaulay, el cuarto poder, era expresión políticamente correcta en el momento en que se pronunció. Pero ya se sabe que no todo lo políticamente correcto responde a la realidad. Los supuestos tres poderes que precedían a este novedoso cuarto eran poderes políticos. Los más aparentes en la larga lista de poderes que, por supuesto, son muchos más de tres y de cuatro y de diez. Atribuyen a Napoleón, que de poder sabía mucho, la frase “el poder es ante todo apariencia”. La dijera o no, que vaya usted a saber, es brillante y cierta. De modo que, a veces, no hace fal-

Pocas veces se cae en la cuenta del enorme poder que hay en el mero hecho de informar.

ta ser poderoso: basta con que los demás lo crean.

Entre los mil y un poderes que a lo largo de los tiempos se han repartido el Poder parece que la Prensa y los periodistas han ocupado algún lugar, sea el cuarto o el enésimo. No es cuestión de entrar ahora en esa discusión. Algún poder debemos de tener los periodistas puesto que se nos corteja tanto como se nos menosprecia.

Pocas veces se cae en la cuenta del enorme poder que hay en el mero hecho de informar. Porque informar, palabra engañosamente inofensiva, no es sólo transmitir, trasladar, comunicar; es dar forma a las noticias en las que se cuentan los hechos. Y ese ‘dar forma’ equivale a una inevitable manipulación que por muy honrada y desinteresada que sea convierte al informador –al periodista– en dueño de lo que ocurre. Primero selecciona los hechos que va a convertir en noticias y luego elabora las noticias. Es, pues, doblemente dueño. Y tanto en cuanto el receptor de las noticias participa, por afirmación o por negación, de su manejo periodístico se hace copartícipe del poder informativo. Estar informado es un valor político fundamental. También lo es desde cualquier otro punto de vista. Nada tiene de extraño que, desde el primer

momento, el poder político fagocite a la Prensa, la haga suya por asimilación gastronómica hasta el punto de convertirla en mera prolongación: es un poder político más, el cuarto o el que sea, pero uno más. Los ejemplos son muchos y notorios a lo largo de la historia. Desde el primer momento, cuando en los balbucesos de un periodismo que aún no había adquirido el nombre y Richelieu se hacía con los servicios de cuantos correos hacían circular noticias por Europa, hasta hoy.

Casi en mitad del siglo XX cuaja de forma espectacular la fagocitación política de la Prensa con las dictaduras pero su origen hay que buscarlo mucho más lejos, como ya hemos visto. Con la paradoja de que Napoleón, por ejemplo, heredero de la Revolución Francesa, inventora de todas las libertades, descabezó a la Prensa como poder distinto del poder político del Estado. Y si siempre hubo periodistas que no estuvieron a gusto con la confusión de poderes, los hubo encantados de sentirse parte integrante del poder político. Con todas sus consecuencias de poder y de servidumbre.

Quizá a los españoles, que también tuvimos en el XIX una dura tradición absolutista con algunas luces de independencia y libertad, nos convenga recordar la Ley de Prensa franquista de 22 de abril de 1938 que en sus primeros artículos decía textualmente: “Incumbe al Estado la organi-

zación, vigilancia y control de la Institución Nacional de la Prensa periódica... la regulación del número y extensión de las publicaciones periódicas... la intervención en la designación del personal directivo... la reglamentación de la profesión periodística... la vigilancia de la actividad de la Prensa... la censura mientras no se disponga su supresión...”

La Prensa nace como literatura y se hace literariamente grande y poderosa en el XIX. Poderosa también políticamente. No hay más que recorrer los nombres de los políticos decimonónicos para descubrir entre ellos infinidad de literatos y periodistas. La expresión ‘cuarto poder’ es típica del siglo XIX, en él nació y en él se desarrolló hasta extremos inquietantes. Era entonces un nuevo poder embriagador como todo gran poder y por ello acabaría siendo maléfico. Tanto que las gentes piadosas se sintieron obligadas a fundar instituciones en torno al título general de ‘la buena Prensa’, descartando al resto, la inmensa mayoría, como ‘mala Prensa’. Incluso se llegó a establecer una jornada especial en el calendario litúrgico: el Día de la Buena Prensa.

Hay tres novelas fundamentales sobre periodismo, de los años finales del XIX, que resumen todos estos choques e incertidumbres. Por orden cronológico son: una francesa, *Bel Ami*, de Guy de Maupassant (1885); una española, *El cuarto poder*, de Armando Palacio Valdés (1888), y una noruega,

## ●●● En qué ha quedado el cuarto poder

*Redactor Lyngre*, de Knut Hamsun (1893).

En las tres se construye una anécdota en torno a la ambición desmedida que el periódico de papel, única Prensa de la época, despierta en los protagonistas. Pero en la novela de Palacio Valdés hay un guiño especial codificado en el título, el único que se refiere descaradamente a la conocida frase ‘el cuarto poder’<sup>7</sup>. Mientras que en las novelas de Maupassant y Hamsun el protagonista de la ambición es una persona física, en la novela española es un grupo sociopolítico aparentemente uniforme pero que termina dividiéndose en dos enemigos irreconciliables. Y, naturalmente, concretados en sendos periódicos enfrentados hasta el delirio. La cosa es más de admirar aún si tenemos en cuenta que la novela se desarrolla en una villa asturiana (aunque lo de que es asturiana no se diga expresamente), una pequeña comunidad que bastante tiene con soportar un solo periódico. El periodismo español de finales del XIX, bien conocido por Armando Palacio Valdés (que, por cierto, tuvo un sobrino, Eduardo, que fue secretario primero de la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid,

A finales del XIX, en España, los periódicos no aspiraban tanto a oponerse a los excesos del poder político cuanto a convertirse ellos mismos en poder político.

1923-1933), fue un conglomerado político en el que la información ocupaba siempre un segundo lugar: lo primero era el poder y casi siempre el poder a la contra desde la misma plataforma del poder político. Porque los periódicos no aspiraban tanto a oponerse a los excesos del poder político cuanto a convertirse ellos mismos en poder político.

### La curiosa historia del lector indirecto.

En los estudios de periodismo se habla del receptor de las informaciones periodísticas como “lector heterogéneo”. Un receptor-lector variado y complejo: nunca sabes, a pesar de los

análisis de audiencia, quiénes-cuántos te leen-escuchan-ven. Y no tienes más remedio que dirigir tus informaciones a un etéreo personaje de mil caras que abarca todo el espectro social. Y hay que dirigirse al público de modo que no se avergüence al receptor culto ni se humille al ignorante. Difícil asunto que multiplica la complejidad del acto informativo.

No se suele hablar del “lector indirecto”: el que recibe las informaciones de segunda mano y que, por tanto, queda sujeto a una doble mediación que pone en peligro la propia



información. En el siglo XIX y buena parte del XX, según en qué zonas de subdesarrollo lector, se producía un curioso fenómeno que parecía ampliar mucho la lectura de periódicos más o menos selectos en las masas analfabetas: la lectura pública en voz alta para grupos numerosos. Pero, bien considerado, este es un fenómeno ambiguo que deja en manos del lector la mitad de la influencia periodística, es decir, la mitad del poder. El lector público nunca era neutral y el poder periodístico quedaba a expensas de su selección de lecturas, de su entonación, de sus gestos de lector. El trabajo fundamental del periodista está en su capacidad de seleccionar los hechos que va a convertir en noticias y en cómo presenta esas noticias; el trabajo fundamental del lector directo de periódicos está en seleccionar lo que lee y saber encajarlo en el universo de los hechos. El lector indirecto, el que dependía del lector público, se veía despojado de esa virtualidad básica del receptor de informaciones. Si ya el periódico es un mediador entre los hechos y las personas, someter a éstas a un segundo mediador, el lector público, era demasiada agua para tan poca leche. Lo que habría que preguntarse hoy es cuántos lectores que parecen directos son, en realidad, lectores indirectos por el sometimiento a dobles y nuevas mediaciones. Con lo que el poder de influencia de los periódicos se reparte tan pródigamente que por pu-

ra ley física pierde potencia. O, por lo menos, la diluye.

La historia no ha suprimido al lector indirecto sino que lo ha diversificado. Hay cadenas de radio y de televisión que 'leen' el periódico para sus oyentes-televidentes, adelantan las primeras páginas, comentan noticias leídas... No es tan infrecuente asistir en algunos lugares públicos, bares, cafeterías, casinos, hogares y residencias de ancianos... a lecturas con más o menos oyentes convertidos en lectores indirectos.

Por no hablar de tantos poderosos que jamás leen los periódicos directamente sino que se limitan a ver los resúmenes de prensa que les proporcionan sus colaboradores. Peligrosa lectura indirecta.

### **El siglo XX descubre el negocio.**

Poco a poco, se va descubriendo que el poder político es poca cosa si no está aliado con el económico. Es más: que ambos poderes son o parecen ser la misma cosa ya que uno lleva al otro y los dos se unen para escenificar el poder supremo. Y el poder supremo consiste en el dominio sobre las personas, sobre sus acciones y sus conciencias. Ese es el poder que fascinó a William Randolph Hearst en cuya memoria hizo Orson Wells su *Ciudadano Kane* (1941).

Muchos años más tarde, en 1982, el constructor de *best-sellers* americano Irving Wallace publicó su novela sobre el poder de otro magnate de la

Prensa y la tituló bien significativamente *El todopoderoso* (Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1983).

La frase del cuarto poder se refería a los periódicos que tenían dueño y señor del que los periodistas eran servidores. Durante todo el siglo XIX esto fue aún más llamativo porque los periodistas individuales que destacaban y triunfaban y creaban opinión eran siempre parte integrante del poder de los dueños cuando no eran ellos mismos los dueños. Luego los periódicos han ido evolucionando hasta crear dos zonas sociales de influencia: la zona minoritaria y selecta de los periódicos generalistas o intelectualmente especializados y la zona masiva de las publicaciones sensacionalistas que son las únicas que influyen en la masa social aunque sea tan discutible y problemática su influencia. Luego vinieron la radio, la televisión, Internet... que crearon nuevos panoramas de poderes e influencias. Hasta que la globalización, como nuevo concepto económico supone una variante fundamental aunque no totalmente nueva en las adquisiciones sobre el poder de la Prensa. Antes de que se hablara con tanto ímpetu de la globalización, la empre-

En el siglo XIX los periodistas que destacaban, triunfaban y creaban opinión eran siempre parte integrante del poder de los dueños del periódico cuando no los propios dueños.

sa periodística había descubierto el negocio multimedia, esa especie de hipermercado de la Comunicación. Hay un hecho sintomático y constante que puede ayudar a orientarse por los vericuetos del poder hoy llamado mediático: el inmenso poderío económico y social, a veces político, ostentado por empresarios no-periodistas pero que viven y medran al frente de las empresas multimedia. Siempre los ha habido. Desde Hearst, Maxwell, Murdoch... hasta Berlusconi. Aspiran al poder total. Y algunos parecen haberlo conseguido. Menos mal que no suelen dejar herederos.

**Tres matizaciones necesarias.** El mundo del periodismo es tan complejo y, sorprendentemente, tan poco y mal conocido que cuando se habla de su supuesto poder conviene matizar mucho y repartir tareas y competencias entre sus mil ramas. Para abrir boca hagamos tres simples distinguos:

1. Hay que distinguir entre Medios de Comunicación y Periódicos (aclaremos que entendemos aquí por periódicos no sólo los de papel sino también los programas de ra-

dio y televisión, en cuanto unidades teóricas de difusión de informaciones).

2. Hay que distinguir entre periodistas de tropa –la inmensa mayoría– y periodistas de elite.
3. Hay que distinguir entre dueños de las empresas periodísticas y periodistas que trabajan al servicio de aquellas.

**Primer matiz:** la expresión tan socorrida de Medio de Comunicación es tan ambigua y múltiple como un cajón de sastre. Quizá por eso gusta tanto y de ella se han derivado los nombres más cursis y preferidos del mundillo relacionado con ellos: mediático, comunicacional, comunicador... y otras lindezas. Medio de Comunicación es el teléfono, el automóvil, el turismo, el patinete y el periódico de papel. Pero es que en el instrumento considerado más periodístico, Prensa, Radio y Televisión, hay tal cantidad de gente que ni es periodista ni tiene nada que ver con el periodismo y tal cantidad de cosas que no son periodismo sino que lo acompañan, cortijan o adornan, que hablar de poder refiriéndose al conjunto (un periódico entero, una emisora de radio o de televisión) es perder el tiempo condenándose a no averiguar jamás cuál es el verdadero poder de los periodistas. Porque esas entidades uniformadas por el papel o por las ondas electromagnéticas tienen variadísimos poderes, variopintos y contradictorios:

informan, enseñan, divierten, hacen perder el tiempo, degradan, avergüenzan, aligeran la vida... qué sé yo. Tantísimas cosas y tan al unísono que uno no se atreve a hablar de poder preeminente: sólo de muchísimos poderes y no todos confesables. Lo único que une y condiciona a toda esa manada de funciones y personas es la periodicidad: todos aparecen a plazo fijo y con ejemplar constancia. Pero la periodicidad, necesaria para el periodismo, no basta para hacer periodismo. Hoy es, además, de uso común –uso conceptual y práctica a rajatabla– el Poder de la Audiencia, el famosísimo *share*, en el que se entremezclan y confunden hasta el paroxismo, se solapan y disimulan el poder de la masa y el poder de los Medios, el poder económico y el poder de influencia, la inercia y el engaño. Además, todos esos Medios de Comunicación viven de la Publicidad hasta tal extremo que haríamos bien en preguntarnos si el poder no estará en la Publicidad y, por tanto, en las grandes empresas comerciales que la pagan.

**Segundo matiz:** la distinción entre clases de periodistas (de tropa y de elite) es tan imprescindible que sin ella suena a música celestial lo del poder de los periodistas.

Manuel Vázquez Montalbán escribió en 1971: “Hay periodistas que saltan en paracaídas sobre Laos, interrogan a medio millón de moribundos, están a punto de ser hechos prisioneros por el Gran Tamerlán, pero vuel-

ven a tiempo de ganar el Pulitzer, el Nobel o una beca Juan March. Otros periodistas se levantan cada mañana a las ocho menos cuarto, toman un café con leche largo y salen con el coche utilitario a tiempo de aparcarlo, si hay sitio en el *parking* reservado. Suben a la redacción, se sientan a la mesa cotidiana, desenfundan las tijeras cotidianas, cortan, pegan, corrigen, cambian titulares, hablan de fútbol y de señoras, de sus hijos y sus parcelas, envejecen con la mesa, mueren antes y según los años de comensales de papel, merecen una gacetilla fúnebre en la que se exalta su espíritu de sacrificio y de servicio a la información.

Curiosa profesión que aglutina a supermanes y oficinistas, a políticos y a campeones del juego de los chinos<sup>8</sup>.”

Sin embargo, Vázquez Montalbán no habla de otro género de periodistas en los que reside más poder que en ninguna de las demás clases: los periodistas dirigentes, los periodistas de elite directiva. Algunos de ellos ni siquiera escriben. Todos mandan. Y cuando se habla del poder de los periodistas, la referencia más clara y directa es a los periodistas de elite di-

Los periodistas trabajan al servicio de las empresas y su supuesto poder es un poder cuasi-vicario, ejercido gracias a otros y con el permiso de otros.

rectiva. Una reciente tesis doctoral, la de María Santos Sainz (*El poder de la élite periodística*, Fragua, Madrid 2003), demuestra hasta qué punto es verdad el poder de influencia sobre la sociedad, y sobre los políticos de modo especial, de este grupo selecto de periodistas que terminan siendo en sí mismos un verdadero grupo de presión. Aunque hay que echar agua al vino: hasta los periodistas de elite muestran, a veces, su extrema fragilidad cuando tienen que enfrentarse con otros poderes, el empresarial, el político, etc. Así lo confirman los casos recientes del joven y agresivo

director del *Daily Mirror* y del maduro y reposado Greg Dyke, director de la BBC, que hubieron de dejar sus puestos tras enfrentarse con sus respectivas empresas azuzadas por el poder político.

**Tercer matiz:** entre los periodistas profesionales, incluidos los de elite, y los dueños de las empresas en las que éstos trabajan hay un abismo de dinero y poder. Y un abismo de paradoja: los dueños del periodismo no son periodistas, son empresarios neutros. Los periodistas trabajan al servicio de las empresas y el supuesto poder de los periodistas es un poder cua-

si-vicario, ejercido gracias a otros y con el permiso de otros. El periodista, por importante y listo que sea, necesita un Medio en el que trabajar y quien le emplea tiene derecho a exigirle. Lula da Silva, el presidente de Brasil, criticó duramente, en el Día de la Prensa, a los propietarios de algunos medios que, según sus palabras, “quiebran la espina dorsal de los periodistas” a los que obligan a escribir al dictado (*El País*, Madrid, 28-4-04, pág. 11). No hace falta, sin embargo, convertir al periodista en esclavo. Incluso respetando escrupulosamente la libertad del trabajador éste puede quedar aprisionado en una sutil tela de araña cuya última mano es la del empresario. No se puede hablar del poder de los periodistas, sea el cuarto o el undécimo, sin tener en cuenta y mirar de reojo a los empresarios de Prensa. Tampoco es justo hacer residir en éstos todo el poder que la Prensa pueda tener. Suena bien pero no pasa de ser demagogia con alguna también matizable excepción. Las nuevas fórmulas electrónicas que parecen permitir mayor libertad a los periodistas para crear sus propias empresas informativas están todavía en cuestión y no conviene lanzar las campanas al vuelo. Las experiencias habidas no lo permiten.

### **Ni cuarto poder ni contrapoder.**

Todas estas consideraciones, muchas de ellas provocativas y algunas adrede contradictorias, nos llevan

a poner entre corchetes de fundada desconfianza el tópico sobre el Periodismo como Cuarto Poder. Si se tratara de una mera frase sin consecuencias, por muy lugar común que fuera y con permiso de Flaubert, no tendríamos inconveniente en dejar que siguiera circulando. Pero no es inofensiva y lleva aparejadas consecuencias que oscurecen la labor de periódicos y periodistas que, a la sombra de la frase de marras, han inventado otra claramente peligrosa: periódicos y periodistas son un contrapoder. Aquí ya rozamos la sombra del héroe solitario del Oeste. Y eso sí que no. El periodismo como misionero de decencias y quijotesco debelador de malandrines me parece tan peligroso y tan falso que más vale acabar, conceptualmente, con cuartos poderes y contrapoderes y emprender otros caminos.

Las más recientes reflexiones sobre el asunto rechazan la expresión y el concepto de Cuarto Poder. “No lo es”, dicen, “en ninguno de sus sentidos: ni porque siga en importancia a los otros tres; ni porque su función se agote en la vigilancia de ellos; ni porque su legitimidad provenga de la misma fuente que la de la política; ni porque su ámbito de competencias se contenga y limite dentro de ella. En relación con los tres poderes tradicionales, el del periodismo se caracteriza en nuestra sociedad no porque esté integrado en su jerarquía sino por actuar a través de toda ella. Es un poder transversal, lo que le hace estar

presente en los otros tres, confundirse en ocasiones con todos y cada uno de ellos...<sup>9</sup>”.

El concepto de poder transversal me parece el más justo y exacto. Un poder que atraviesa la política, la economía, el arte, los deportes, la sociedad entera... ejerciendo funciones no siempre gloriosas pero nunca inútiles. Los periódicos y los periodistas ejecutan, a veces sin ser conscientes de ello, el cometido más necesario y eficaz no sólo de nuestro tiempo sino de toda la historia de la humanidad (recordemos la mitología clásica): el de ser portadores técnicos de símbolos, en expresión ya consagrada por Harry Pross que tituló su famoso estudio sobre la comunicación pública de la manera más tajante y significativa: *Estructura simbólica del poder* (1974)<sup>10</sup>. Si Bernanos aseguraba que el estómago del pobre necesita más ilusión que pan, podemos decir que nuestra sociedad está ansiosa, sobre todo, de toda clase de poderes y que se conforma gustosamente, quizá astutamente, con los símbolos del poder. El encargado de trasladar a la sociedad esos símbolos del poder es el periodista. ¿No tiene el lector del periódico la sensación de llevar al mundo entero en el bolsillo? Mark Twain,

Nuestra sociedad está ansiosa de toda clase de poderes y se conforma gustosamente, astutamente, con los símbolos del poder.


que no conoció la televisión, dijo algo muy adaptable a este loco mundo televisual. Dijo: “Las personas importantes son las que nos hacen sentir que nosotros también podemos llegar a ser importantes”<sup>11</sup>. ¿No acecha siempre al televidente la tentación de pensar que él puede ser como cualquiera de esos mil personajillos que copan la pantalla? Pues eso.

Decir poder transversal equivale a decir influencia. Y ése es quizá el concepto ideal para no enfargarnos en inútiles debates en los que todos partimos del mismo sitio para llegar, al final, al mismo sitio perdiéndonos en el entretanto en vericuetos alocados y fuegos artificiales la mar de divertidos.

La Prensa, los Medios de Comunicación, los periodistas tienen una gran influencia en la sociedad, en todos los estamentos de la sociedad. Sobre todo, por una razón de la que jamás se habla: somos todos tan vanidosos y tenemos todos tanto miedo que nada nos gusta tanto y nada nos asusta tanto como vernos reflejados en un espejo público. Empezando por los propios periodistas. Nos pasamos la vida oteando el horizonte a ver si hablan de nosotros, a ver si nos citan, a ver qué dicen, a ver si descubren en

el entramado de nuestros poderes fijas y nidos de ratas. El poder básico de periódicos y periodistas podría resumirse, de un modo simplista –que no simple– en una anécdota de la que fui protagonista : llevé el coche a arreglar a un garaje y al preguntarme el garajista cuál era mi profesión dije que periodista a lo que, cómicamente asustado, me dijo: “O sea, que hay que tener cuidado con usted no sea que nos saque en los papeles”. He ahí una espesa mezcla de miedo, cazarería, desdén y confusión. ¿Esos son nuestros poderes?

El Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en su Estudio-encuesta número 2.306, de diciembre 1998-febrero 1999 *Los profesionales de los medios de comunicación*, preguntaba:

¿Cuál ha sido la razón principal que le impulsó a dedicarse a la profesión periodística? El 40,4% contestó “porque me gusta escribir” y el 16,6% “por la posibilidad de influir en los cambios sociales”. Ambas respuestas obtienen mayoría en el juego de las diversas contestaciones. Y ambas respuestas son síntoma de una cierta conciencia que no llega a ahogar nunca el estricto placer de una profesión endemoniada que es como una droga de altísima potencia. Nadie habla peor de la profesión periodística que los propios periodistas pero la inmensa mayoría volveríamos a ser periodistas si volviéramos a nacer. Porque nos gusta escribir y nos gusta influir en la sociedad. Esperemos que para bien. 

---

1. Hernando, Bernardino M.: ‘El mito del cuarto poder en tiempo de las Torres Gemelas’ en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, Departamento de Periodismo I de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, Vol. 8-2002, págs. 43-62.

2. Traducción de Patricio de Azcárate para la edición de Austral-Espasa Calpe, 1982, pág. 182.

3. Eisenman, C.: *Lesprit des lois et la séparation des pouvoirs*. Mélanges Carré de Malberg, París, 1933.

4. Gozlan, Léon: *Balzac en zapatillas*. Traducción de José Casán Herrera. Planeta, Barcelona, 1991, pág. 154.

5. Gabriel-Robinet, Louis: *Une vie de journaliste*. Grasset, París, 1970, pág. 13.

6. Jefferson, Thomas: *Autobiografía y otros escritos*. Traducción de Agustín Escolano Be-

nito. Editorial Tecnos, Madrid, 1987, págs. 620-621.

7. En la larga lista de películas sobre periodismo sólo conozco dos –quizá haya alguna más– que utilicen como título la expresión ‘el cuarto poder’: la de David Lowell Rich (1952) y la de Serge Leroy (1983).

8. ‘Los periodistas. Casi todas las servidumbres y una sola grandeza’. *Triunfo*, 20 de marzo de 1971. Reproducido en: Vázquez Montalbán, Manuel, *El poder*, edición de Francisco J. Satué, Espasa, Madrid, 1996, pág. 291.

9. Ortega, Félix/ Humanes, María Luisa, *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Ariel, Barcelona, 2000, pág.194.

10. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

11. Citado por John Chafee en *El poder del pensamiento*. Traducción de Eduardo Chamorro. Planeta, Barcelona, 2000, pág. 9.